
Judit Bokser*

Estado actual
DE LA CIENCIA POLITICA

Al igual que en otras formas del saber social, en el desarrollo de la Ciencia Política convergen dos ejes fundamentales. Uno, que está configurado por la propia realidad de su objeto de estudio, esto es, la realidad política y sus prácticas, conceptualizada alternativamente como sistema político, sociedad política o, genéricamente, lo político y la política. Las estructuras, las instituciones, los procesos y los procedimientos políticos aparecen como referentes y condicionantes del saber.

El segundo eje, es propiamente el de la indagación científica y la producción teórica; así el campo científico de la política puede ser considerado un ámbito cuyos límites han sido establecidos a través de siglos de discusión política. En un permanente diálogo entre las diferentes teorías ya sean precedentes o contemporáneas, en líneas de continuidad y/o ruptura, se ha ido configurando el arsenal conceptual y metodológico que constituye el contenido de la ciencia.¹

Ambos ejes, realidad e indagación, realidad y teoría en sus desarrollos específicos y en sus interacciones mutuas confluyen en la determinación del estado actual de la Ciencia Política.

Reflexionar sobre dicho estado de la disciplina en México, sin caer en simplificaciones injustificadas o conclusiones ligeras, exige necesariamente atender los desarrollos conceptuales y teóricos, así como a los de nuestra realidad, es decir, atender ambos ejes. Ello permitirá, además, no

* Profesora adscrita al Centro de Estudios Básicos en Teoría Social de la FCPyS-UNAM.

¹ Cfr., Wolin, Sheldon, *Política y Perspectiva*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973, Capítulo 1: Filosofía política y filosofía, pp. 11-37.

sobrecargar de expectativas o pretensiones omnipotentes a la ciencia, ni descuidar el ser parte del propio entorno, que está llamada a conocer.

Una dimensión privilegiada en la que se puede apreciar el modo como convergen e interactúan ambos ejes es, sin lugar a dudas, la de los límites del objeto de estudio y sus fluctuaciones, expresadas en la ampliación o reducción de los mismos. Podemos ejemplificarlo, paradigmáticamente, a través del gran tema de la realidad y de la teoría que hoy tiñe de interés la preocupación y la ocupación de nuestra política y de nuestra ciencia política: el tema de la democracia y su concreción en los procesos electorales. Este tema, que ha estado presente y ha sido desarrollado en la ciencia política generada en otros países, adoleció hasta años recientes de un escaso desarrollo y careció de una virtual carta de legitimidad en la ciencia política en México. Ciertamente bien podemos decir que la falta de desarrollo de esta temática debe ser explicada, en primer lugar, por el desaliento hacia ella por parte de nuestra propia realidad política. Las causas de ello que aparecen ante nosotros son múltiples: el carácter *sui generis* de la democracia mexicana; la preeminencia de los procesos de movilización política sobre los de participación; la certidumbre sobre el supuesto carácter "ritual" del proceso electoral; la falta de credibilidad en la veracidad de los resultados; o, como ya ha sido bien señalado, la falta de sincronía histórica entre la presencia de los partidos políticos modernos y las elecciones competitivas en la historia del México posrevolucionario.²

Estas características y otras que han operado en el mismo sentido inhibieron el desarrollo de la indagación científica en torno a dicha cuestión. A nivel del discurso científico, el bagaje teórico dominante que correspondió a esta situación se caracterizó por descansar menos en la teoría de la democracia que en ciertas versiones de su crítica.³ La democracia, y los procesos electorales se vieron condenados, salvo notables excepciones, a un estado de marginación por un pretendido carácter formal, o superestructural, o fenoménico; adjetivaciones todas ellas que se derivan de diferentes ópticas y grados de reduccionismo teórico.

Por todos conocidos son los procesos y factores que han revertido estas tendencias en los últimos años. A partir del proyecto de la reforma política como estímulo inicial, y específicamente durante la década de los ochenta, con las experiencias de 1983 de Chihuahua y Durango, y en forma ininterrumpida hasta las últimas elecciones presidenciales, la democracia sustentada en las urnas devino un foco creciente de interés y estudio. La realidad misma amplió los límites de nuestro objeto

² Cfr., J. Molinar, "La costumbre electoral mexicana", *Nexos*, enero de 1985.

³ *Ibid.*

de estudio y revirtió la propia realidad de nuestro discurso científico. De este modo, de un estado de marginación, asistimos en estos últimos años a su desplazamiento hacia el centro mismo de la investigación política. Gradualmente se ven incorporados como sujetos relevantes para su estudio los partidos políticos, la legislación electoral, la “geografía política”, la opinión pública —olvidada durante tantos años bajo el ala conceptual aparentemente más esencial de la “conciencia política”. La diversidad de estudios generados, de investigaciones publicadas y en proceso de publicación y de serios análisis de coyuntura son testimonio del vigor con que la indagación respondió al estímulo de la realidad. La ampliación de los límites de nuestro saber aparece como resultado de la interacción entre realidad y conocimiento.

Injusto sería, sin embargo, interpretar lo dicho como una condena a la estrechez sin más de los conocimientos generados por la ciencia política en México. Quien atienda la producción de la investigación teórica y aplicada de los últimos años encontrará una amplia y fructífera diversidad temática y problemática. Rebasaría por mucho la posibilidad de elevar un listado significativo de ésta. Sin embargo, apuntemos de un modo somero que aunque de diversa calidad, han sido crecientes los estudios sobre ámbitos centrales del quehacer político tanto nacional como internacional. En este último sentido la conciencia de la internacionalización e interdependencia de las relaciones de poder llevó la atención hacia el estudio del ámbito continental, incluidas no sólo nuestras Américas Latinas —en la ya clásica pluralización de Lucien Febvre—, sino también particularmente, los Estados Unidos.

También se dio una seria proliferación de investigaciones en torno a los grandes sujetos sociales y actores políticos. Especial mención merece la veta de la investigación histórico-política sobre México, cuyo retorno al siglo XIX, bien puede interpretarse como muestra de una permanente búsqueda de nuevos significados en torno al alcance y la vigencia de aquellos proyectos políticos que fundamentaron la República y a partir de los cuales podría darse una nueva lectura a la Revolución Mexicana. En este sentido, nuestra ciencia política comparte aquella tendencia crítica y de revisión que parece acompañar, hoy por hoy, a los grandes procesos revolucionarios y de cambio social.

La reflexión e investigación metodológica ocupa a su vez una posición destacada en el conjunto de la producción de la ciencia política. Situación muy similar a la que prevalece en las ciencias sociales en su conjunto. Lo que les preocupa a éstas es su estatuto y naturaleza, su posición científica y en nuestro caso específico, su vínculo con la teoría y la filosofía política. Sin desconocer que las preocupaciones metodológicas de la ciencia política y de las ciencias sociales recientes proceden

en buena medida de una situación de incertidumbre política y cultural —y en este sentido guardaría semejanza con la controversia metodológica europea de vuelta de siglo—, consideramos que éstas reflejan, en nuestra disciplina, una continua inquietud en torno a su propia identidad. Inquietud que expresa de un modo contundente, por otra parte, la situación de la ciencia política que se desenvuelve en un contexto de crisis y que guarda con éste relaciones ambivalentes.

Ahora bien, así como en los límites cambiantes del objeto de estudio se expresan y manifiestan las interacciones complejas entre teoría y realidad, en otras instancias igualmente esenciales al hacerse de la ciencia éstas hayan su expresión. En efecto, el quehacer de una ciencia, su desarrollo, y su carácter se ven determinados por otros aspectos que rebasan el ámbito temático y problemático del conocimiento, tales como los procesos de institucionalización y de profesionalización de la ciencia.

Así, la Ciencia Política en nuestro país se ha venido desarrollando en un contexto de crisis significada por los indicadores otrora coyunturales y hoy crecientemente estructurales. Estancamiento económico, creciente desigualdad, marginación de una población en constante crecimiento, y una no correspondencia entre los procesos de urbanización y los de industrialización, entre otros. Sin pretender equiparar a la crisis del entorno con una crisis en la ciencia sin más, bien debemos reconocer, que la primera ha tenido un impacto sobre esta última, y precisamente sobre su lugar en la sociedad.

Junto al dato de que la crisis misma ha sido un estímulo al desarrollo de la indagación política, y que ha alentado la búsqueda de nuevos significados para la reconstrucción del orden político, ésta ha tenido efectos negativos. En este último sentido podemos señalar dos procesos que se han dado en forma paralela.

Por una parte la sociedad y el Estado han desarrollado expectativas contradictorias en torno a las tareas y funciones que la ciencia política debe cumplir; por otra parte, se han generado concepciones no sólo divergentes sino también contradictorias en el seno de la propia comunidad científica, en torno a cuál es su tarea y su lugar. Ambos procesos encontrados reflejan de un modo complejo la situación de crisis prevaliente.

Resulta bien conocida esta situación que Jorge Garcíarena apuntó, ya a principio de la década de los setenta, para la ciencia social latinoamericana. La crisis estimuló la búsqueda de nuevos expedientes político-institucionales para superarla, y esta búsqueda generó la instrumentalización de las ciencias sociales como un agente para orientar la trans-

formación de la realidad social.⁴ Quisiéramos señalar, con una seria preocupación, que así como ello condujo a un desplazamiento del énfasis cognoscitivo al accionar, al acentuar los aspectos ideológicos por sobre los científicos del conocimiento, hoy por hoy, bien podemos estar en el umbral de un desplazamiento similar aunque en otro sentido, esta vez, acentuando los aspectos técnicos de nuestra ciencia política por sobre los teórico-cognitivos. Recurrente oscilación a la que está expuesto nuestro saber —dramática, tal vez—, por las expectativas contradictorias que afectan la identidad de la ciencia política en una búsqueda no siempre clara de las opciones que pretenden escapar a ambos extremos de un continuo: a los extremos alternativos de lo ideológico o de lo tecnocrático.

Este impacto desigual sobre el proceso de construcción científica ha incidido a su vez sobre el proceso de su profesionalización, imprimiéndole un carácter errático. La búsqueda de una identidad científica llevó necesariamente a una progresiva concentración de nuestro quehacer en lo que podríamos denominar genéricamente la investigación científica. Hemos considerado que nuestra carta de ciudadanía en tanto ciencia pasa por el ámbito de la investigación, lo que se ha manifestado en la formación de nuevas generaciones de científicos políticos. Privilegiamos la investigación y aspiramos a formar para la investigación. Y ello precisamente cuando la creciente incorporación de científicos políticos a diferentes instancias gubernamentales y estatales, a las “burocracias planeadoras”,⁵ ha marcado nuevas necesidades desde el punto de vista de su formación y de su entrenamiento práctico. He aquí nuevamente una oscilación no siempre clara entre extremos igualmente demandantes que exigirían un proyecto si bien no homogéneo ni uniformante, sí consciente de la diversidad de demandas. Nuestra experiencia institucional atestigua este vaivén muchas veces vacilante entre un incierto mercado de trabajo con sus exigencias específicas —saber práctico, conocimiento aplicado, formación técnica—, y un compromiso académico con la investigación. En la fluctuación curricular, esto es, en una recurrente modificación de planes de estudio de nuestras instituciones se ha manifestado este errático proceso de profesionalización.

Proceso que también refleja junto a las demandas contradictorias del entorno, concepciones igualmente contradictorias en el seno de nuestra comunidad en relación con la naturaleza de nuestra ciencia política; en este sentido dos aclaraciones resultan pertinentes. La primera, que no

⁴ Jorge Graciarena, “La crisis latinoamericana y la investigación sociológica”, *Revista Mexicana de Sociología*, UNAM, vol. XXXII, marzo-abril de 1970.

⁵ *Ibid.*, p. 204.

consideramos que las demandas académicas y las profesionales sean necesariamente excluyentes. En todo caso, el proceso tal como se ha dado en nuestra realidad ha sido sin lugar a dudas errático, resultado de una acción inmediateista y reactiva, ajena a una reflexión seria. La segunda, que la diversidad de concepciones al interior de la comunidad científica refleja la variedad teórica, metodológica e ideológica que la caracterizan; este pluralismo lejos de ser nocivo es consustancial a la naturaleza misma de las ciencias sociales. En todo caso, lo que ha afectado y afecta seriamente nuestra identidad es la renuncia a la construcción de una respuesta mediada por la reflexión, producto de un consenso académico básico que sin cancelar divergencias o contradicciones esté dispuesto a asumir las necesidades y desafíos cambiantes de la realidad. Cabría tal vez aclarar que para ello es necesario deslindar entre la primacía de un paradigma científico compartido —que alude tanto al saber como a su lugar en la sociedad— y la dominancia teórico-idolológica de una corriente de pensamiento.

El saber y la ciencia no se dan en el vacío. Los marcos institucionales en los que se desarrolla están incorporados tal y como señalamos en el contexto global socio-político. Congruentes con el propio carácter desigual del proceso de profesionalización, los diversos encuadres institucionales denotan un desarrollo diferencial y aun disímil. A título ejemplar, en la generación del saber teórico, la Universidad ocupa sin duda alguna un lugar privilegiado. Y ciertamente, también ella se ha visto inmersa en una situación conflictiva, que en los últimos años ha asumido un carácter crítico. Hasta cierto punto podría verse un paralelismo entre la permanente reflexión en torno al lugar y función de la Universidad en la sociedad, con el continuo cuestionamiento de sus tareas y objetivos al que ha estado sometida la ciencia política. Uno incide sobre el otro, aumentando los grados de incertidumbre ya existentes. Más agudos para la ciencia política si tomamos en cuenta el creciente énfasis puesto sobre la producción científica y tecnológica en detrimento de las ciencias sociales. No obstante, y desde otro ángulo, tenemos sustanciales aportes precisamente de la investigación política avocados al estudio de la Universidad en el ámbito social y nacional; aportes que nos pueden permitir comprender de un modo más cabal los complejos procesos que acompañan al desarrollo del saber y de la ciencia en nuestro país. También en este ámbito las relaciones entre ciencia y crisis no se manifiestan de un modo unívoco. Los efectos de esta última sobre los procesos de institucionalización y profesionalización no impactan forzosamente el potencial cualitativo de la ciencia. De hecho, puede estimular como un nuevo desafío la capacidad explicativa de la ciencia y sus posibilidades de indagación de sí misma y de su entorno.

Los procesos y tendencias que hemos delineado aluden a una compleja realidad del estado actual de la ciencia política. La diversidad de parámetros y factores que deben ser considerados apuntan hacia tendencias contradictorias que imposibilitan una evaluación prematura y conclusiva. Nuestro propósito, en todo caso, es contribuir a delinear los elementos y procesos a considerarse por una reflexión conjunta que resulta, a nuestro entender, tan necesaria como urgente.

De ahí que, a los planteamientos expuestos, sumaríamos los siguientes cuestionamientos:

¿Hasta dónde tendrá la Ciencia Política la capacidad de pensarse a sí misma en términos de una voluntad científico-política que ubique de un modo preciso su autonomía y heteronomía frente a la realidad?;

¿Hasta qué punto podrá comprometerse en aportar a la búsqueda de nuevos expedientes político-institucionales para la convivencia social sin renunciar a sus contenidos cognoscitivos?

Considero que éstas son preguntas esenciales a la situación actual de la Ciencia Política que ubican como nunca en el centro del debate las complejas relaciones entre el poder, la voluntad y el saber.